

Ella quedó un instante silenciosa.

Sus grandes ojos soñadores se levantaron hacia el ancho espacio, como si hubiesen querido mirar á lo lejos, en el porvenir.

—No—respondió.— ¡Debo esperar!



V.



Después de un mes de Mayo abominable, los primeros días de Junio fueron muy arduos: el viento del Oeste soplabá hacia tres semanas, y algunas borrascas habían devastado la costa, tragado varias barcas,

ahogado muchos pescadores.

Y aquel hermoso cielo azul, aquel mar satinado, aquellos días resplandecientes y tibios que entonces

fulguraban, tenían por contraste infinita belleza y dulzura.

En una tarde soberbia Paulina se decidió á empujar el sillón de Chanteau hasta la terraza, y acostar cerca del abuelo, en una manta de lana roja, al pequeño Pablo, que ya tenía diez y ocho meses.

Ella había sido su madrina, y mimaba al niño tanto como el anciano.

—¿No te incomodará el sol, tío?

—No, hija mía. ¡Hace ya tanto tiempo que no le he visto! Y á Pablo, ¿le dejas dormir ahí?

—Sí, por cierto: este aire puro le hará mucho bien.

Y ella se arrodilló en un ángulo de la manta, y miraba al niño, que estaba envuelto en lindo traje blanco, con los brazos y las piernas desnudos.

Pablo tenía cerrados los ojos, y volvía hacia el espacio su faz sonrosada é inmóvil.

—En verdad que se ha dormido muy pronto— murmuró ella.—Tal vez estaba cansado de dar vueltas..... Ten cuidado de que las bestias no le incomoden.

Y amenazó con un dedo á la Minucha, sentada en la ventana del comedor, lamiéndose los pelos, mientras el perro Lulú, tendido en la arena todo lo largo

que era, abría de vez en cuando sus ojos con desconfianza, y siempre aparecía dispuesto á gruñir y morder.

Como Paulina se levantase, Chanteau exhaló un gemido ronco.

—¿Vuelve eso?

—Sí, vuelve..... Es decir, ¡eso no me deja un punto de sosiego!

Y en verdad que era objeto de lástima y piedad: la gota crónica había acumulado poco á poco la materia tofácea en todas las articulaciones del desdichado, y excrecencias enormes le rompían la piel con sus ángulos blanquecinos.

Los pies, que él no podía verse, metidos en grandes zapatillas, se retorcían sobre ellos mismos, semejantes á patas de pájaro enfermo; las manos presentaban todo el horror de su deformidad, hinchadas en cada falange con nudos rojos y relucientes, y los dedos separados por bultos que los aislaban; la izquierda tenía una concreción del tamaño de un hueso pequeño, que la daba horrible forma; en el codo del mismo brazo habíase presentado una úlcera dolorosa.

La anquilosis era ya completa: ni los pies ni las manos podían servirle para nada, y si algunas ar-

ticulaciones jugaban todavía á medias, rechinaban como si se quebrasen, como cuando se sacude un talego de bolitas de madera.

Todo su cuerpo deforme parecía haberse petrificado en la posición que tenía que adoptar para sufrir mejor el mal, inclinándose hacia adelante, con gran desviación á la derecha, y quedaba así, en la forma á que le obligaba el sillón, plegado, retorcido, inmóvil.

El dolor no desaparecía nunca, y la inflamación se presentaba con la menor fase del tiempo, ó bien por un sorbo de vino ó por un bocado de carne tomados fuera del estricto régimen que guardaba.

—Si quisieses una taza de leche --le dijo Paulina-- acaso te refrescaría... .

—¡Ah, sí! ¡leche!--respondió él entre dos gemidos.— ¡Una linda invención la de la cura con leche! ¡Yo creo que por ella me han acabado más pronto! No, no, nada; ¡esto es lo que me sienta mejor!

Mas pidió á Paulina que le hiciese cambiar de posición la pierna izquierda, porque él solo no podía moverla.

—¡La infame abrasa hoy! ¡Ponla un poco más lejos! ¡Así! Empújala más todavía..... Bien, muchas gracias. ¡Ah! ¡qué hermoso día! ¡Dios mío! ¡Dios mío!.....

Y fijando su mirada en el ancho horizonte, continuó lamentándose hondamente, sin tener conciencia de lo que hacía.

Su grito de lástima era ya tan necesario como su propio aliento: vestido el infeliz con grueso traje de muletón azulado, en cuya anchura hundía sus miembros, parecidos á raíces de árbol, dejaba sobre sus rodillas las manos contrahechas, depiorables, á la luz del sol.

Y el mar le interesaba: aquella inmensidad azul por la cual pasaban blancas velas, aquel camino sin límites abierto delante de él y donde ya no era capaz de poner un pie antes que otro.

Paulina, á quien las desnudas piernas de Pablo inquietaban sin cesar, arrodillóse otra vez para taparle con un ángulo de la manta.

Por espacio de tres meses la joven había formado en cada semana el propósito de partir el lunes siguiente, y las débiles manos del niño la detenían con poder invencible.

El primer mes, sobre todo, se llegó á temer por las mañanas no encontrarle con vida antes de la noche, y ella volvió á empezar su milagro de salvarle en cada momento, porque la madre estaba aún en el lecho, y la nodriza que hubo necesidad de tomar

daba sencillamente su leche con la estupidez bestial de una vaca.

Y he aquí por qué los cuidados de la joven eran incesantes, la temperatura observada con frecuencia, la vida disputada hora por hora, con verdadera obstinación de una gallina que incuba, para reemplazar al mes de gestación que faltaba al chiquillo.

Pasado ese mes primero, el niño ganó felizmente la robustez de quien ha nacido con todo tiempo, aunque se desarrollaba con cierta lentitud; y como siempre estaba inclinado al raquitismo, Paulina no le abandonaba un momento, cuidándole con amor y celo de madre.

—Así— dijo ella en voz alta, después de cubrirle —no tendrá frío. ¿Pero ves, tío, que hermoso está sobre esa manta colorada? ¡Parece en verdad una rosa!

Chanteau volvió penosamente la cabeza, única parte de su cuerpo que podía mover, y murmuró:

—Si le besas mucho, le vas á despertar. ¡Deja en paz á ese lindo querubín! ¿Has visto allá un buque de vapor? Indudablemente viene del Havre..... ¡Mira, mira! ¡Ya se larga!.....

Paulina tuvo que mirar hacia el vapor, sólo para complacer á su tío.

Había á lo lejos, en la inmensidad de las olas, un punto negro y una ráfaga de humo que manchaban el horizonte.

Paulina quedó inmóvil un momento, extasiada ante aquel mar tranquilo, bajo el ancho cielo límpido, y como gozando de la grandiosidad del día.

—¡Cabal! Y mientras tanto, se estará quemando la sopita del niño.

Y se dirigió en el acto á la cocina.

Pero cuando iba á entrar, una voz gritó desde el primer piso:

—¡Paulina!

Era Luisa, que estaba de codos á la ventana de la antigua cámara de la señora Chanteau, y la cual ocupaba el matrimonio.

Medio peinada, vestida apenas con una camisola, continuó con su vocecita aguda:

—¡Si Lázaro está ahí, dile que suba!

—No está: aun no ha vuelto.

Entonces Luisa se incomodó.

—¡Ya sabía yo que no le veríamos hasta la noche, y eso contando con que se digne volver! Él ha pasado todo un día fuera de casa, no obstante su formal promesa..... ¡Vaya una gentil manera de cumplir! Cuando va á Caen, nadie le puede arrancar de allí.....

—¡Pero si hay tan pocas distracciones en este miserable pueblo!—respondió Paulina con dulzura.—Y además, el negocio de los abonos le preocupa de masiado y le embargará todo su tiempo. Indudablemente utilizará el cabriolé del Doctor para regresar.

Lázaro y Luisa, desde que habitaban en Bonneville, tenían continuas desazones; no eran éstas querellas francas, sino mal humor que no se calmaba, que sin cesar renacía, como en la existencia de dos seres que no se entienden, que jamás están de acuerdo.

Ella, después de su alumbramiento cruel y laborioso, llevaba una vida estéril, sin ocupación alguna, porque tenía horror á los quehaceres de la casa, matando el tiempo con asidua lectura y con prolongar sus horas de tocador hasta la de la comida.

Él, hastiado de invencible fastidio, no abría nunca un libro, pasaba las horas mirando al mar, emprendía de vez en cuando una escapatoria á Caen, de donde regresaba más fastidiado que antes.

Y Paulina, que continuaba llevando el gobierno de la casa, se había hecho indispensable para ellos, porque tenía la habilidad de reconciliarlos tres veces en cada día.

—Acaba de vestirme, y baja—la dijo Paulina—

porque el Cura no tardará en llegar, y estarás en el comedor con él y con mi tío. ¡Yo estoy tan ocupada!.....

Pero Luisa no daba tregua á su rencor.

—¿Será esto posible? ¡Ausentarse dos días y una noche! Mi padre me lo había escrito..... ¡Ahí se consumirá la última parte de nuestro dinero!

En efecto, Lázaro se había dejado robar en dos nuevas empresas desgraciadas, hasta el punto de que Paulina, alarmada por el porvenir del niño, siendo su madrina, le había hecho el presente de las dos terceras partes de lo que ella poseía, imponiendo la suma en una Compañía de Seguros, á nombre de Pablo, que debía rendir á éste cien mil francos en el día de su mayor edad.

Ella sólo se quedó con unos quinientos francos de renta, y su único pesar consistía en restringir las limosnas de los sábados.

—¡Buena especulación la de los abonos!—prosiguió Luisa.—Mi padre le habrá disuadido de ello, y sino ha vuelto aún, es porque estará divirtiéndose..... ¡Oh! ¿qué me importa eso? ¡Ya puede correr todo lo que quiera!

—¿Pues entonces, por qué te incomodas?—replió Paulina.—Vaya, el pobre hombre no piensa en

hacer mal.... Vamos, ¿bajas?.... ¿Pero no has visto esa estúpida Verónica que desaparece de casa en un sábado, y me deja en planta la cocina?

Era una aventura inexplicable la que ocupaba á la casa hacía ya dos horas: Verónica, después de haber pelado las legumbres para el guisado, desplumado un ánade y preparado la carne en un plato, desapareció súbitamente, como si la tierra se la hubiera tragado.

¡Nadie la había vuelto á ver!

Paulina se decidió á poner el guisado al fuego, estupefacta con tal desaparición de la doméstica.

—¿Pero tampoco ha vuelto?—preguntó Luisa, distraída en su cólera.

—No, no ha vuelto—respondió la joven.—¿Sabes lo que sospecho ahora? Qué ella ha pagado cuarenta sueldos por el ánade á una mujer que pasaba por la calle, y me acuerdo de haberla dicho que yo los había comprado mejores por treinta sueldos en Verchemont.... Y en seguida, al oirme, su rostro se descompuso y me lanzó una de sus malas miradas.... Pues bien; apuesto cualquier cosa á que ha ido á Verchemont para ver si yo mentía.

Y rompió á reir, mostrando gran tristeza en su misma risa, porque sufría mucho con las violencias

de Verónica, la cual no tenía motivo alguno de animosidad contra Paulina.

—Hace más de una semana que no se puede sacar de ella una palabra—dijo Luisa.—¡Todas las canalladas son posibles con semejante carácter!

Paulina hizo un gesto de tolerancia.

—¡Bah! dejémosla satisfacer sus caprichos, que ya volverá, y nosotros no pereceremos de hambre esta vez.

Pero el niño se había movido en la manta, y ella corrió hacia él inmediatamente.

—¿Qué quieres, amor?

La madre, que no se había apartado de la ventana, miró un instante, y en seguida entró en su cuarto.

Chanteau apenas volvió la cabeza, cuando el perro Lulú empezó á gruñir, y entonces el gotoso previno á su sobrina.

—Ahí llega tu gente, Paulina.

Dos galopines harapientos llegaban, en efecto, los primeros de la turba que la visitaban todos los sábados, y como el pequeño Pablo volvió á quedarse dormido, ella se levantó diciendo:

—¡Vaya! pues llegan á punto, hoy que no tengo un minuto libre..... Quietos ahí, sentaos en ese

banco Tú, tío, si vienen otros, les harás sentarse al lado de éstos..... Es absolutamente necesario que yo vaya á cuidar del puchero.....

Cuando regresó, después de un cuarto de hora, había en el banco dos muchachos y dos niñas, sus antiguos pobres, pero ya muy crecidos y conservando aún sus hábitos de mendicidad y vagancia.

*
* *

Nunca tanta miseria había empobrecido á Bonneville.

Durante las tempestades de Mayo las tres últimas casas del pueblo habían sido aplastadas contra la costa, y las grandes mareas acabaron de barrer la aldea.

¡Aquello estaba concluído! El mar, que por espacio de siglos sitiaba á la aldea, invadiéndola sin cesar con encrespadas olas, cada año se tragaba un pedazo del país.

¡Ya no había sobre las rocas puntiagudas sino las olas avasalladoras que borran hasta las huellas de los cimientos y de los escombros!

Los pescadores, arrojados del agujero donde tantas generaciones de antepasados suyos se habían obstinado en vivir á pesar de la eterna amenaza del

Océano, se vieron obligados á subir más arriba, hacia las quebraduras de las rocas, y acampaban allí en montón confuso: los más ricos erigían viviendas, los pobres se cobijaban en los huecos de los peñascos, todos contribuían á fundar otro Bonneville, esperando sin duda á que las olas llegasen otra vez á desalojarlos de aquel punto, después de nuevos siglos de batalla.

Y el mar, completando su obra de destrucción, había concluído por destruir en absoluto las presas y las empalizadas.

Aquel día soplabá recio viento del Norte, y enormes torbellinos de agua se rompían con tal estrépito, que las sacudidas hacían temblar la iglesia del pueblo.

Lázaro, advertido de lo que pasaba, no quiso bajar, y quedó en la terraza viendo llegar la marea, mientras los pescadores corrían hacia la playa, muy alarmados por tan furioso ataque.

Un orgullo de terror se manifestaba en todos ellos.

—¡La bribona! ¡qué fuerte grita! ¿querrá tragarse todo esto?

Y en menos de veinte minutos desapareció todo aquello: las empalizadas deshechas, las presas rotas en mil pedazos.

Y los pescadores rugían con el mar, y gesticulaban y danzaban como salvajes, excitados por la embriaguez del viento y del agua, cediendo al horror de aquella destrucción.

Y luego, cuando Lázaro les amenazó con los puños cerrados, huyeron á todo escape, con el galope rabioso de las olas, sin que nada les detuviera.....

¡Ahora tenían hambre! ¡Ahora se quejaban de morar en el nuevo Bonneville, y acusaban de su ruina á *la bribona*, al mar, y venían á implorar la caridad de la buena señorita!.....

—¿Qué haces ahí?—gritó Paulina en viendo al hijo de Houtelard.—¡Te había prohibido volver!

Aquél era un bigardo que se acercaba á los veinte años, y tenía el aspecto miserable, triste y tímido de muchacho castigado, y á la vez socarrón y grosero.

Respondió, bajando los ojos:

—¡Tened piedad de nosotros, señorita! ¡Somos tan desgraciados desde que padre ha muerto!

Houtelard partió una tarde á la pesca, con mal tiempo, y no volvió; ni siquiera se pudo encontrar su cadáver, ni el de su marinero, ni una tabla de su barca.

Pero Paulina, obligada á vigilar sus limosnas, había jurado no dar nada al hijo ni á la viuda..... Por-

que esta infame, la antigua criada de Houtelard, que castigaba tan cruelmente al muchacho por maldad y por avaricia, ahora que el chico no tenía edad para dejarse apalear, y muerto su padre, había hecho de él un amante.....

Bonneville estaba escandalizado con tal arreglo.

—Ya sabes por qué no quiero que pongas los pies en mi casa—prosiguió Paulina.—Cuando hayas variado de conducta, veremos.

Y él entonces defendió su causa con voz tímida.

—Es ella quien lo ha hecho..... porque, si no, me pegaría cada vez más. Y luego, ¡como no es mi madre!..... Lo mismo la da que sea conmigo ó con otro. ¡Dadme algo, señorita! ¡Todo lo hemos perdido! ¡Es para ella, que está enferma! ¡Oh, es verdad! ¡Lo juro!

Paulina, compadeciéndose, le dió un pan y un puchero, y le despidió diciendo que iría á visitar á la enferma y á llevarla remedios.

—¡Ah, sí! ¡remedios!—murmuró Chanteau.—¿A qué no la hacéis tragar uno? ¡Esa no quiere más que carne!

Paulina llamó en seguida á la muchacha Prouane, que tenía un carrillo desollado.

—Pero ¿cómo te has hecho eso?

—Cayéndome contra un árbol, señorita.

—¿Contra un árbol? pues cualquiera diría que te has caído sobre el ángulo de un mueble.....

La chica Prouane, ya muy crecida, de pómulos salientes, con grandes ojos de alucinada, de histérica, hacía grandes esfuerzos para tenerse de pie: sus piernas se doblaban; su lengua, espesa y torpe, no acertaba á pronunciar una palabra.

—¡Estás ebria, desgraciada!—gritó Paulina, después de mirarla fijamente.

—¡Oh, señorita! ¿quién puede decir eso?

—Sí; estás ebria, y te has caído en tu misma casa..... Siéntate, que voy á buscar árnica y vendas.....

Y ella la vendó, procurando excitar su vergüenza.

¡Qué cosa más bella para una chieuela de su edad embriagarse de aquel modo, como su padre y su madre, dos borrachos incorregibles que encontrarían la muerte en cualquier día, congestionados por el aguardiente!

La chica escuchaba y aparentaba dormir, y cuando se le puso la venda, tartamudeó:

—Papá se queja de insufribles dolores..... y yo le daría fricciones, si vos, señorita, me hicieseis merced de un poco de aguardiente alcanforado.....

Paulina y Chanteau no pudieron disimular su risa.

—¡De ningún modo! Ya sé adónde iría á parar mi aguardiente alcanforado..... Te daré una libreta, y casi me atrevo á creer que irás á venderla para emplear su importe en bebida..... Continúa sentada, que Cucho te acompañará.

Entonces se levantó el muchacho Cucho: estaba descalzo, y por todo vestido llevaba un viejo pantalón y una camisa desgarrada, que dejaba ver la piel del mendigo, curtida por el aire del mar, casi negra, y salpicada de granos.

Ahora los hombres no querían ya á su madre, que estaba sumida en decrepitud prematura y cruel, y aquel hijo desnaturalizado corría por el mundo buscándola clientela.....

Se le encontraba en los caminos, saltando los barrancos y las quebraduras con agilidad de lobo, vieniendo como bestia salvaje impulsada por el hambre sobre todas las presas.

Y era tal degradación humana como el último límite de la miseria, de la abyección, hasta el punto de que Paulina le miraba con remordimiento, cual si ella se culpase de haber dejado al muchacho en semejante cloaca.